

¿ES POSIBLE UNIVERSALIZAR LA ÉTICA HACIA EL “BIEN COMÚN”? ¿QUÉ HAY EN EL TRASFONDO ?

Los problemas que enfrenta la humanidad y que son objeto de estudio de la bioética, tanto en el ámbito de los avances de la ciencia y la tecnología, como en el de la vida en sociedad, han generado espacios de reflexión abiertos al consenso y al disenso, a la tolerancia, a la conciliación. Pero en el trasfondo la pregunta sobre la moralidad de los actos, la ética y la búsqueda de la verdad, es si estas, en su esencia inscrita en el hombre, pueden ser negociables.

Hoy el diálogo bioético permite el abordaje de la problemática desde diferentes horizontes científicos, filosóficos, multiculturales, religiosos, en una sociedad compleja y globalizada.

La ciencia ha dado luces y ha facilitado el análisis de los retos que nos plantea el devenir de la humanidad. Para la comprensión de las realidades de la sociedad en un ámbito general y de la persona humana en lo particular, podríamos extrapolar la dinámica de los sistemas abiertos, complejos, sometidos a influencias internas y externas que los vulneran y los pasan del caos al orden, y de este a un nuevo equilibrio y estabilidad. Lo que acaece en una sociedad y en la persona humana no está desprovisto de estas consideraciones, y tampoco de la mirada de diferentes observadores y su interpretación ante los hechos. Observador y observado tendrán que intentar interpretar la complejidad de los mismos con cierta racionalidad, sin desconocer el entramado de hechos y circunstancias que enmarcan y hacen más delicada nuestra vida en sociedad.

Estas nuevas formas de comprender el mundo son válidas y enriquecen el discurso, hacen que nuestra per-

cepción y el análisis de las situaciones no sean sencillos, que las respuestas tengan diferentes matices y que se exija cada vez más el respeto por el otro y sus ideas, sus valores y su cultura. Se ve como una necesidad sentida la prudencia y la ponderación en la toma de decisiones.

De un lado está la ciencia, los científicos y no científicos, los hombres de bien y en general todos, asombrados por tantos y prometedores avances de la tecnología, que pueden redundar en una mejor calidad de vida. Pero también hay una incertidumbre por los devastadores atropellos que se pueden cometer a la misma vida, en todas sus formas, y que clama el respeto a ella, a la persona humana y a todos los seres vivos en general.

Se establecen comités nacionales y supranacionales de ética y bioética, para orientar, recomendar y asesorar tomas de decisiones, normas que salvaguarden la dignidad humana. Es tal la preocupación, que muchos temas son objeto de constante y reiterativo estudio y abordaje en múltiples eventos, desde la academia, desde foros en la misma sociedad y en los gobiernos, quienes en un trabajo sin fin se ven abocados a juridizar la implementación de muchos de estos avances científicos.

La preocupación global se cieme sobre temas como la clonación, el respeto al embrión, las técnicas de reproducción artificial y sus alcances, el trasplante y la donación de órganos, entre otros, donde más allá de un discurso ético hay un trasfondo económico, político, pero también de avaricia y distorsión del verdadero sentido de la ciencia. Como si obnubilados por un poderío de la capacidad intelectual y técnica se nos pudiera permitir la

realización de grandes atrocidades, sin importar cómo vulneramos y maltratamos la vida humana. Los gobiernos se plantean, y legalizan en algunos casos, el aborto, la eutanasia, la experimentación en embriones. Van a toda prisa legislando, juridizando la vida, y en muchas ocasiones obrando en contra de ella, contradiciéndose, con discursos avalados por la tolerancia, la cual pareciera que surge como un nuevo principio ético, donde todo es pactable, todo es negociable, hasta la misma vida. Se trazan unos mínimos de coexistencia "menos malos", que permiten continuar existiendo en medio de lo que parece inevitable, como si eso fuese lo único para universalizar la convivencia humana en unos principios éticos rasos.

Pero si en el plano científico las implicaciones para la vida humana y todas las formas de vida están en jaque, no se queda atrás la convivencia social. El mundo está en guerra, nuestro país está en guerra, y en esta enrucijada se encuentra una inequidad desbordante, aplastante, unas soluciones que no parecen ser las adecuadas. "El malestar de la globalización" es palpable, las sociedades viven en la desesperanza. Los gobiernos buscan soluciones desprovistas de una racionalidad que en el fondo lleve a un mejor desarrollo de todos. El sufrimiento de

la sociedad esta ahí, lejos de una solución, pues la brecha cada día se abre más y la irracionalidad parece colectiva en el planteamiento de soluciones.

Y es que la humanidad no ha sido capaz de parar, de detenerse ante el espectro de tantos y tan variados retos, para volver en sí y oír lo que está inscrito en su fuero interno, la huella de una conciencia moral que nos lleve a una búsqueda verdadera de la felicidad y la perfección humana.

No es en los mínimos actuales de convivencia y armonía pactables en los que vamos a encontrar el acuerdo, sino en lo inscrito para unos en la conciencia, para otros en el cerebro, para los de allá en la complejidad de la existencia humana, para otros en la unidad corpórea espiritual del hombre, pero para todos en ese lenguaje en común que está en lo más íntimo de nuestro ser y que no podemos perder, que no podríamos estar dispuestos a transar. Creo que ese, y no otro, es el abordaje común que permitirá realmente, en el trasfondo, universalizar la ética y la vida en sociedad.

María Helena Restrepo R.